

Cibele Maria Lima Rodrigues*

LOS “SIN TECHO” UNA PERSPECTIVA TEÓRICA**

HABIENDO REALIZADO UN ESTUDIO del Movimiento de Trabajadores Sin Techo (MTST) en Recife, Brasil, valiéndonos del enfoque de Alberto Melucci, llegamos a la conclusión de que la trama de relaciones que envuelve a ese movimiento y aquellos aspectos que lo trascienden plantean cuestionamientos al modelo propuesto por este autor, sin que eso implique desdeñar la importancia de sus contribuciones. Por un lado, la noción de redes sociales utilizada por Melucci posibilita delinear un proceso continuo de (re)construcción de identidad colectiva de un movimiento. Su énfasis en el estudio de los liderazgos en los procesos de organización y movilización ofrece pistas para comprender la emergencia del mismo. Su perspectiva cognitiva nos permite comprender el movimiento en términos de su acción social. Sin embargo, no concordamos con su análisis de los procesos culturales, por considerar que carece de un esquema que permita abordar apropiadamente la cuestión del antagonismo social desde una perspectiva sociopolítica,

* Socióloga. Profesora Asistente de la Universidad Federal de Alagoas (UFAL). Doctoranda en la Universidad Federal de Pernambuco (UFPE), Brasil.

** Para tal reflexión fueron indispensables los comentarios de Remo Mutzemberg, Breno Fontes y Silke Weber (profesores del doctorado en sociología en la Universidad Federal de Pernambuco, Recife).

en términos de hegemonía e ideología. Los estudios de Gramsci (1984) acerca de los partidos políticos, por otra parte, pueden utilizarse en los estudios de movimientos sociales, guardando sutiles semejanzas con el enfoque de Melucci (1989). Nos proponemos la tarea de considerar los estudios de los movimientos sociales en América Latina, así como las especificidades de la realidad en su dinámica peculiar de procesos históricos, políticos y culturales (Álvarez et al., 2000). En este sentido, algunos abordajes teóricos han incorporado los conceptos de *cultura política* y *política cultural*. A partir de esas constataciones se nos plantea un desafío: ¿cómo construir un modelo teórico para el análisis de movimientos como los “Sin Techo” que, a partir de su acción colectiva, exponga cuestiones tanto políticas como económicas y culturales?

A fines de la década del noventa asistimos en Brasil a la gran visibilidad de las acciones del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) y la movilización de movimientos por la vivienda, con innumerables invasiones en tierras urbanas. El déficit habitacional y la segregación espacial urbana (Fontes, 1986) son parte del proceso de urbanización de las metrópolis brasileñas, en la dicotomía entre *Sobrados* y *Mocambos*, parafraseando a Gilberto Freyre. La perpetuación de tales conflictos nos indica que el aparato estatal continúa sin responder a la demanda habitacional de la población pobre, lo que constituye un problema político que no es soluble por medio del mercado inmobiliario. Las carencias crean la posibilidad para la existencia del movimiento; así, tales carencias son condiciones favorables, pero no suficientes. En esta perspectiva, nuestro objetivo es discutir elementos del esquema teórico elaborado por Melucci (1989) para el análisis de estos movimientos, conjugando el acuerdo con la crítica de su “modelo”, en una discusión que incorpora la perspectiva gramsciana. Esta propuesta de abordaje teórico de los movimientos por la vivienda no se encuentra aún totalmente delineada. La misma servirá de base para un estudio futuro de corte longitudinal de los movimientos por la vivienda (en Recife) con miras a percibir continuidades y discontinuidades en relación con la cultura política (Álvarez et al., 2000) o, como diría Melucci, con los códigos culturales dominantes.

PUNTO DE PARTIDA

La presente preocupación teórica es fruto de las conclusiones de una investigación anterior (Rodrigues, 2002), en la cual analizamos las concepciones, interacciones y estrategias de acción del MTST en Recife, y en el que se combinó la “voz de las dirigencias” con informaciones obtenidas por medio de un cuestionario a los moradores, elaborado en base a una muestra y la observación sistemática. La investigación fue hecha asumiendo la mayoría de los postulados de Melucci, en especial cuando

afirma la existencia del movimiento como denuncia de un conflicto (en este caso, la carencia habitacional). Abordamos la construcción de la identidad colectiva del movimiento a partir de *motivaciones, proyecto político y estrategias interactivas* –categorías basadas en Melucci (1989) y Scherer-Warren (1984) y entendidas como dimensiones y momentos de ese proceso. Estas categorías aluden a la definición de metas, modalidades de liderazgo y organización, percepción del ambiente en el que se desenvuelve la acción, y entrecruzamiento entre motivaciones y orientaciones individuales y colectivas, conformando una “unidad”. Y parten de la comprensión de tales movilizaciones como un capítulo más en la historia de las luchas urbanas de Recife.

Concordamos con Melucci (1989) en el abordaje procesual de la identidad colectiva, mediada por redes y liderazgos, como fundamental para comprender las movilizaciones. Buscamos percibir “la pluralidad de significados, relaciones y perspectivas cristalizadas en una acción colectiva dada” (Melucci, 1989: 22) y analizar las diversas dimensiones y posibilidades de acción colectiva que fueron construidas en un proceso anterior a la movilización visible, lo que consideramos un nivel intermedio de acción colectiva.

En el estudio de las interacciones y redes formadas por el citado movimiento, fuimos percibiendo la importancia de la articulación de este con otros actores políticos, como el MST, partidos políticos (PT y PCdoB¹) y líderes religiosos (de la teología de la liberación). Esto nos llevó a cuestionar el planeamiento de Melucci por la ausencia de un enfoque político que abarcara cuestiones más específicamente políticas que atravesaban (o atraviesan) nuestro objeto de estudio.

A diferencia de Melucci, pretendemos sostener que los movimientos sociales son necesariamente políticos, y no sólo cuando sus reivindicaciones están relacionadas con lo que él considera “sistema político” (Melucci, 2003). La separación en sistemas y tipos de movimientos relacionados con ellos, si bien de propósito heurístico, constituye para nosotros uno de los puntos criticables de su enfoque.

En esta dirección, necesitamos cualificar lo que comprendemos como política y cultura política, en un diálogo teórico entre Melucci y Gramsci. Los movimientos sociales son “políticos” en la medida en que crean espacios públicos en el proceso continuo de democratización y modifican (en mayor o menor grado) la cultura política existente, en la que pesa la incorporación de valores y prácticas institucionalizadas. Concebimos que, en el proceso de cambios, la creación de lo “nuevo” tiende a venir acompañada de lo “viejo”, de lo que está sedimentado en la cultura.

1 Partido de los Trabajadores y Partido Comunista de Brasil, siendo el PT más importante.

Foweraker (1995: 42), Touraine (1985: 261) y Melucci (1989) insisten en que una característica de los “nuevos movimientos sociales” es su carácter más sociocultural que sociopolítico. Las movilizaciones, según ellos, son de lo más diversas, denunciando conflictos en el sistema, admitiendo la coexistencia de movimientos que buscan un cambio histórico-estructural.

La situación de gran exclusión social en países como Brasil produce movilizaciones profundamente marcadas por reivindicaciones dirigidas al Estado. Foweraker (1995) afirma que en América Latina los movimientos actúan en el proceso de democratización de la sociedad, o sea, que la dicotomía entre lo sociocultural y lo sociopolítico resulta inexistente. Se requiere estar alerta con la laguna, en la mayoría de las teorías, de un análisis de los movimientos que incluya sus impactos sobre el proceso político. Los indicadores de este análisis serían las formulaciones de demandas y las relaciones con otros actores políticos, especialmente con agencias e instituciones estatales.

LA ARTICULACIÓN DE LO SOCIAL Y LO POLÍTICO EN GRAMSCI

Gramsci (1984) analiza de modo especial la relación entre dirigentes y dirigidos, pensando las relaciones sociales bajo el prisma de lo político, teniendo como premisa que esa dimensión es constitutiva del ser social. Dentro del espíritu de lo que denomina filosofía de la praxis, Gramsci hace una reflexión crítica con base en su militancia y en la teoría política de su tiempo del “programa” propuesto en las Tesis sobre Feuerbach (Marx y Engels, 1998). Efectúa así un análisis de la relación entre estructura y superestructura, incorporando conceptos como “bloque histórico” y “hegemonía”, haciendo incluso una relectura del concepto de sociedad civil y de Estado.

Considerando que cuando Marx y Engels (1998) se refieren a sociedad civil ello también puede ser traducido como “sociedad burguesa”, el concepto aparece relacionado con el conjunto de las relaciones de producción. Para algunos autores (Coutinho, 1999), Gramsci enfatiza la articulación entre superestructura e infraestructura, superando dialécticamente lo que había sido propuesto por Marx y Engels (1998), sin perder de vista los fundamentos del método propuesto por este, ni la utopía del socialismo (o sociedad regulada). En ese sentido, es fiel a la articulación entre lo abstracto y lo concreto, las determinaciones simples y concretas en su análisis de lo “político”, la relación entre gobernantes y gobernados, del mismo modo que Marx lo hizo en su análisis de la mercancía, en *El capital* (Coutinho, 1999).

La discusión se da en un debate con las ideas de Lenin, en términos de la necesidad de organización (o no) del partido revolucio-

nario. Pero también en un debate con Sorel (y la ideología-mito del sindicato) y con los marxistas que defendían la revolución “espontánea”. En ese sentido, Gramsci construyó elementos para una teoría política, articulada con lo que denominó las relaciones sociales de producción. De allí la idea del partido o Príncipe Moderno, principal organizador de la famosa “reforma intelectual y moral” que conducirá a un nuevo bloque histórico.

La dominación política puede ser mejor comprendida a partir de su diferenciación entre sociedad civil y política, como veremos más adelante, lo que para Coutinho (1999) constituye una teoría ampliada del Estado. Resulta importante resaltar que, en la disputa por la hegemonía dentro del bloque histórico, existe una articulación entre “aparatos represivos” de la sociedad política y “organismos privados de hegemonía”. Comprendemos así que los movimientos sociales pueden ser analizados a partir de la concepción de partido, y cómo estos se articulan en la construcción de la “reforma intelectual y moral”.

En ese sentido, Gramsci remite a la definición de Hegel para diferenciar sociedad civil y sociedad política, incorporadas en un determinado bloque histórico en la disputa por la hegemonía. El Estado incluye sociedad civil y política como diferentes esferas de poder. La sociedad política como momento de la coerción y la civil como conjunto de organismos que reflejan la tentativa de las clases dirigentes de ejercer su hegemonía por la vía ideológica, lo que implica una actuación de los organismos privados en busca del consentimiento y la naturalización de las relaciones de dominación.

La necesidad del consenso se deriva de la ampliación de la socialización política en la modernidad (Coutinho, 1999: 129). Ese proceso creó y renovó determinadas objetivaciones e instituciones sociales que funcionan como portadores materiales específicos de las relaciones de hegemonía, con estructura y legalidad propias. Esa autonomía material de la ideología es la que funda ontológicamente la sociedad civil. La misma actúa como una esfera de mediación entre la estructura económica y la sociedad política (aparatos represivos del Estado). La praxis política es comprendida como ontología materialista de lo social.

El planteamiento de Gramsci (1984) concreta una crítica al economicismo que postula la primacía de las relaciones económicas en el análisis de la realidad. Para él, el economicismo histórico no distingue estructura de coyuntura, ni hecho económico de interés personal. La conciencia de los conflictos del mundo económico se adquiere en el campo de las ideologías. Por ello, la concepción de ideología resulta fundamental para comprender las relaciones entre infraestructura y superestructura, y las relaciones sociales de producción en la lucha por el cambio. La conciencia humana no es un epifenómeno (bajo

la forma de ideología), sino un elemento constitutivo del ser social (Coutinho, 1999). La lucha se da por la objetividad, que implica la liberación de las ideologías sectarias, y va en busca de la unificación cultural del género humano en una ética universal, suponiendo un universo intersubjetivo.

Como para Gramsci (1984), la relación entre dirigentes y gobernados debe pasar por la voluntad colectiva, esto es, el dirigente debe representar la voluntad colectiva; podemos pensar así una teoría sobre la democracia, o sobre la democracia participativa. Situando la cuestión del poder político en el mundo moderno, Gramsci alude a la creciente racionalización que desplaza la esfera de la lucha política desde el Príncipe hacia el partido, como organismo representativo con posibilidades de universalizar las luchas sociales específicas en torno de una ética universal. El pasaje se da por la persuasión y el consenso. Pensar en ello sugiere una propuesta democrática de formación de la esfera pública, de la esfera de valores sociales que se expresa por la opinión pública y se naturaliza en cuanto valor moral. El fin de la coerción viene después de la eliminación de las contradicciones sociales antagónicas. La sociedad civil, con sus aparatos privados de hegemonía, es responsable por la elaboración y difusión de ideologías, y los intelectuales son su sustento principal. La meta es un Estado que se abstenga de la coerción. La creación de una sociedad regulada implica una nueva sociedad civil con socialización de la participación política; de ahí la posibilidad de extraer de Gramsci una concepción de democracia y participación (Coutinho, 1999: 121).

Tales concepciones permiten pensar la posibilidad de las disputas entre las clases por la hegemonía como disputas ideológicas que se proyectan en lo que Gramsci llama la guerra de posiciones (en oposición a la guerra de trincheras propuesta por los revolucionarios). Y también hacen factible entender los antagonismos en el interior de los grupos sociales y los “desvíos” de una fuerza política o clase social. La idea de desvío tiene como referencia (y meta) la construcción del momento ético-político que sería traducido por la sociedad regulada o comunismo. Como afirma Gorender en su “Introducción” a *La ideología alemana* (Marx y Engels, 1998), el imperativo categórico marxista de emancipación de la humanidad como principio ético supremo es tomado como presupuesto orientador del proyecto histórico de sociedad a ser realizado por la clase fundamental. Sería el momento de la catarsis, que implica el pasaje del reino de la necesidad al reino de la libertad. Y este sólo puede ser implementado cuando la clase supera el momento egoístico-pasional, que se traduce en el corporativismo y las luchas centradas en reivindicaciones económicas.

En ese sentido, Gramsci analiza la práctica sindical de su época. Denomina como sindicalismo teórico a aquel que no va más allá de la fase económico-corporativa, y de ese modo no alcanza la hegemonía ético-política en la sociedad civil y la sociedad política. Tal concepción liberal puede ser dividida en dos fases: una que pretende cambiar la orientación del gobierno, pero no organiza una nueva sociedad civil; y otra subordinada a la hegemonía del liberalismo, que no propone la transformación del grupo dominado en dominante.

CULTURA POLÍTICA, POLÍTICA CULTURAL, MOVIMIENTOS SOCIALES

El análisis de Gramsci desarrollado arriba puede ayudarnos a iniciar nuestra reflexión acerca de los movimientos sociales. Gramsci expone la idea de una “reforma intelectual y moral” como programa partidario, colocando a la filosofía de la praxis como imperativo categórico, lo que implica el pasaje de la conciencia egoística-pasional (inmediatista y pasiva) al momento ético-político de comprensión de la totalidad y de la posibilidad de cambio de lo real.

De esta forma, abre un flanco para pensar la relación entre política y cultura como planos indisociables. La política en un sentido estricto se refiere a prácticas y objetivaciones que se direccionan hacia el Estado, en cuanto relaciones de poder entre gobernantes y gobernados, históricamente transitorias. La política posee un sentido amplio e interrelacionado con las otras esferas de las relaciones sociales, como parte de la ontología del ser social, comprendida como momento de las articulaciones y de la libertad de un ser que se percibe como parte del género humano, liberándose de la manipulación inmediata que genera la pasividad.

Esta reflexión permite pensar la relación de los conceptos de cultura política y política cultural entre sí y con las prácticas de los movimientos sociales. Para Álvarez et al. (2000), todo movimiento social practica una política cultural en sus luchas “incorpóreas en torno de significados y representaciones”, cuestionando el modo de ejercicio del poder y desafiando la cultura política dominante. La política cultural se define como “el proceso por el cual lo cultural se torna hecho político”. Y “cuando los movimientos emplean concepciones alternativas que debilitan los significados culturales dominantes, ellos practican una política cultural” (Álvarez et al., 2000). De ese modo, todos los movimientos sociales, hoy, practican una política cultural que desafía la cultura política hegemónica.

Podríamos afirmar que la cultura política se expresa por las prácticas discursivas hegemónicas y que los movimientos sociales pueden, o bien desarrollar prácticas orientadas en mayor o menor medida por los intereses egoístico-pasionales, o bien procurar alcanzar una nueva

hegemonía ético-política. De cualquier manera, la práctica política va provocando un tipo de socialización política que apunta al pasaje desde una práctica particularista a una praxis transformadora. No podemos afirmar que ello conduce necesariamente a una sociedad socialista, pero va en el sentido marxista de emancipación humana.

Gramsci resalta también que el impulso para la acción política tiene su origen en la vida económica, pero se diferencia de ella porque envuelve sentimientos, aspiraciones, una racionalidad diferente de la mera razón instrumental o intereses puramente egoístas. Existe una pasión política que se puede tornar una especie de deber moral e impulsa a la acción colectiva (tema desarrollado por Mouffe, 2002). Ello se da a partir de la ruptura en la relación y la “naturalización” de lo real, y la inexorabilidad del orden de las cosas (fuerzas tradicionales).

En Melucci (1989) encontramos como hipótesis central el control de los individuos sobre la acción como una condición necesaria para la formación de la movilización colectiva y el cambio. Aumenta la necesidad de control de los individuos sobre las condiciones de existencia personal debido a su creciente capacidad de autorreflexión, posibilitada por la ciencia moderna, como diría Habermas (Melucci, 1989: 47).

En esa concepción, el control de la identidad pasa por la reapropiación del significado (condiciones materiales y objetivos) de la acción individual y social. La centralidad de la identidad se genera debido a que ese concepto refleja la capacidad de acción del actor para transformar el ambiente a través del conflicto. En este sentido, todo conflicto es un conflicto de identidad, en la medida en que algunos actores quieren llevar a otros a reconocer lo mismo que ellos reconocen, y la identidad se forma a partir de la transgresión de las reglas de distribución de recursos naturales y simbólicos. De ese modo, el proceso de individualización (o de construcción de identidad) implica el “potencial de control de los individuos sobre las condiciones y niveles de acción que torna necesaria (y conduce) a la expropiación de estas fuentes de autorreflexión y autoproducción de la sociedad en sí” (Melucci, 1989: 48). Ese proceso requiere también una acción autorreflexiva, y es en sí una forma pura, que demanda una mediación simbólica –la reapropiación del símbolo. La acción colectiva enuncia y niega esta forma pura. La acción no tiene sólo el significado de satisfacer necesidades porque los movimientos sociales son, antes que nada, movidos por pasiones, una “forma apasionada de acción” (Melucci, 1994: 160) importante para el cambio social. Dentro de ellos, existen también grupos cuyo objetivo es el desenvolvimiento de la solidaridad de grupo, y también un compromiso a partir de necesidades personales como camino para cambiar el mundo y crear alternativas significativas.

La articulación entre ideología y práctica política puede ser tomada para la comprensión de las luchas políticas y de la relación entre

sociedad civil y sociedad política. La disputa ideológica que se presenta dentro del bloque histórico y el campo de la política es condición para la toma del poder y su conservación. Lo que para Gramsci tiene una connotación relacionada con la lucha de clases lo podemos ampliar a las luchas emancipatorias, de una forma general, como parte del proceso de construcción de la nueva sociedad, pasaje de la praxis particularista a la praxis transformadora. Toda esa argumentación aparece en el discurso y la práctica del movimiento feminista, por ejemplo, siempre haciendo la salvedad de que dicho movimiento no es homogéneo en su cuestionamiento de la naturalización de las identidades masculina y femenina.

En Gramsci, como en Melucci, ese pasaje no es automático o espontáneo, como fruto de las contradicciones del sistema. El análisis que él aplica a la organización interna del partido puede ser aplicado también al estudio de los movimientos sociales. Nuestra objeción de prevención es que los mismos no son los únicos conductores del proceso de transformación, pero sí importantes en el cambio social y político.

MOVIMIENTOS SOCIALES Y PARTIDOS POLÍTICOS

Como los partidos, los movimientos sociales tienen necesidad de una articulación interna entre conductores, articuladores y personas comunes, con una unidad ideológica (que no significa homogeneidad), obtenida por la adhesión de las personas, mediada por la filosofía de la praxis, teniendo siempre como preocupación vital formar nuevos liderazgos para no caer en el absolutismo.

Aun afirmando la necesidad de liderazgo en la organización de los grupos, Gramsci (1984: 29) sostiene que la conciencia de la totalidad llega por las experiencias sucesivas, por la percepción de lo que le es propio, históricamente construido, condicionado y no natural. Esa concepción rechaza la separación entre base y dirección, que considera a la última como iluminada y a la primera como masa de maniobra. Y se diferencia de la idea de revolución permanente de Trotsky, ya que afirma la idea de guerra de posiciones, esto es, lucha por la hegemonía y el consenso (Coutinho, 1999) o el consentimiento (aunque sea momentáneo).

Existen aquí al menos dos aspectos a ser considerados. Lo primero es que la praxis política (sea en el partido o en los movimientos sociales) tiene una perspectiva educativa, de una nueva socialización política, con vistas a la “reforma intelectual y moral”. De ese modo, los sentimientos de las masas deberían ser considerados en el proceso de interacción, pero con el objetivo de educarlos, modificarlos. La nueva sociedad tiene como horizonte la eliminación de la apropiación privada

de los medios de producción, del saber y de la cultura (Coutinho, 1999). La praxis particularista debería ser convertida en praxis transformadora universal, procurando una revolución cultural. Es en la práctica política continua y orientada a ese fin que los valores se van construyendo. En ese sentido, los movimientos sociales también pueden ser vistos bajo ese prisma educativo, en el conjunto de las relaciones sociales. Ello no impide que sus proyectos (y reivindicaciones) sean particularistas, pero facilita que también puedan ser transformados por la socialización política.

Gramsci (1984: 38) propone al análisis dos puntos en torno de los significados y contenidos de las reivindicaciones. Además, establece una especie de esquema para hacer un análisis concreto de la realidad que debe ser utilizado como base objetiva para la lucha política. La voluntad aparece como impulso inicial, pero el poder de cambio se genera en la práctica concreta.

Los elementos para evaluar la realidad pasan por el análisis de las relaciones de fuerzas (inclusive internacionales) e incluyen las relaciones sociales objetivas, estructura y superestructura, “los cambios y el desenvolvimiento de las formas de vida implícitas en sus relaciones”, distinguiendo los elementos estructurales de los coyunturales. Un análisis de las relaciones de fuerzas debe preceder a las acciones prácticas y la determinación de las tácticas. Los tres momentos o grados de tales relaciones pueden servir de referencia para analizar la acción colectiva de una forma más amplia.

El primer momento está en la articulación entre la estructura y las ideologías que esta genera, así como sus condiciones de transformación. En el segundo momento, Gramsci menciona las fuerzas políticas en su condición de grupos sociales en disputa ideológica por la hegemonía. Incorpora en esa discusión la relación intrínseca entre ideología y práctica política, la unidad entre fines económicos y políticos, intelectuales y morales. Destaca el proceso de formación de conciencia política colectiva que pasa, primero, por el sentimiento de pertenencia y, después, por la solidaridad de intereses económicos que apunta al Estado como blanco de la igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, hasta llegar a una fase más política en la que las ideologías se transforman en partidos.

Aunque no se transformen en partido, necesariamente, cabe resaltar que los elementos propuestos están presentes en teorías posteriores, como la cuestión del proceso de formación de identidad colectiva, que se da a partir del sentimiento de pertenencia, solidaridad y conflicto. Gramsci resalta además el momento de las relaciones de fuerzas militares que se produce con el ejercicio de la coerción estatal. Sin embargo, es cierto que el propio Gramsci alerta acerca de que sus suges-

tiones no deben ser tomadas como un esquema rígido. Las condiciones históricas se modifican y pueden exigir nuevas categorías de análisis.

Como fue definido en la organización, los planes y el análisis de las posibilidades reales del juego político, en términos de condiciones históricas, no son descartados. Lo que surge como punto para pensar la acción colectiva y la identidad entre política y economía es el impulso fundamental para la organización. Para Melucci, ello también aparece en la dimensión cognitiva en que los autores evalúan el ambiente de la acción y la movilización de recursos para la acción colectiva (Rodrigues, 2002).

El análisis de los movimientos sociales también puede ser articulado con la idea de construcción de pilares de la política y de cualquier acción colectiva. La propuesta es estudiar la existencia real de dirigentes y dirigidos para orientar la praxis. Los parámetros de análisis poseen semejanzas con un análisis “maquiavélico” en el sentido pragmático de las relaciones entre ambos (dirigentes y dirigidos). Lo que Gramsci (1984) propone para la acción colectiva puede ser utilizado en el análisis de los grupos sociales. Las bases descansan en el análisis de la eficacia de la dirección, la preparación de los dirigentes, la identificación de las líneas racionales para conseguir la obediencia de los dirigidos, que tienen muchas semejanzas con lo que propone Melucci (1989) en el análisis del proceso de formación de la identidad colectiva.

La contribución de Gramsci para pensar la acción colectiva, dentro del pensamiento marxista, va en el sentido de considerar que la obediencia no es automática o, como diríamos hoy, que es preciso construir (provisoriamente o no) las bases para una identidad colectiva. Para él, el convencimiento y la adhesión pasan necesariamente por un discurso pautado por la racionalidad –en última instancia, la base de la modernidad y de su ideología. La dimensión ético-política aparece a partir del sentimiento de solidaridad con las generaciones pasadas y futuras, que se consolida en el partido, pero que puede estar presente también en los movimientos.

Otro aspecto importante es que esa noción de una identidad común no significa que en un grupo social no puedan existir divisiones internas y “desvíos”. Gramsci habla de desvíos porque su referencia es al espíritu ético-político y universal. De ese modo, el “desvío” es el apoliticismo presente en el individualismo estrecho y mezquino, el sectarismo, como forma de clientelismo, sin idea de partido. Para él, tales desvíos aparecen como un tipo de comportamiento casi irracional. En su perspectiva, el partido era el gran conductor del proceso; el conductor, pero no el único, teniendo en vista la proliferación de identidades colectivas y grupos que van construyendo la “reforma intelectual y moral”. Las propuestas de transformación de la cultura política pueden aparecer

más claramente en las prácticas de algunos movimientos, como el MST, que, además de sus reivindicaciones en el campo económico, también se proponen difundir los intereses ético-políticos y universales en el sentido gramsciano.

Para Dagnino (Álvarez et al., 2000), los movimientos sociales pueden ser vistos como actores que influyen sobre la sociedad, y no sólo como instituciones políticas, que presionan de una forma amplia por cambios en las actitudes y las prácticas políticas. Ellos sostienen la lucha por los derechos y por las garantías para el *derecho a tener derechos* ante la sociedad. En algunos casos, los movimientos sociales consiguieron traducir su agenda en políticas públicas, pero las consecuencias de sus prácticas van más allá de eso, porque se dan en torno de la “socialización política”. Sus reivindicaciones y movilizaciones pueden también ser comprendidas en la esfera de la redefinición de las nociones de democracia, participación, ciudadanía y representación política, a partir de la creación de nuevos valores en este universo. Si se concibe al Estado y a la sociedad como un *continuum*, el autoritarismo estatal sólo termina con el fin del autoritarismo social (Álvarez et al., 2000). Se demuestra así la inutilidad de la dicotomía entre identidades y estrategia², ya que ambas están relacionadas con la cultura política, en términos de Gramsci.

No podemos ignorar el hecho de que para Gramsci el partido es el conductor y organizador de la “reforma intelectual y moral”, porque solamente esa organización tiene los elementos para crear una base orientada al desenvolvimiento de una voluntad colectiva nacional-popular. Su obra tiene por base las reflexiones de la militancia partidaria y refleja el deseo de indicar ese camino, si bien con cuidado de no ser taxativo en todas sus afirmaciones. No obstante, quedan claros los puntos programáticos concretos propuestos por Gramsci que constituyen la base para un cambio de la concepción del mundo, que se hace efectiva en la práctica, aliada a un programa de reforma económica –elementos indisociables para la comprensión de la realidad y su transformación.

En ese sentido, el objetivo es quebrar la aparente unidad ideológica del bloque histórico a partir de la adquisición de conciencia revolucionaria por los actores. El partido es considerado como la organización más permanente que actúa en el campo político a partir de la articulación entre sus planes de acción y los límites de la realidad. Pero no es el único organismo que actúa en ese sentido; de allí la posibilidad de pensar los movimientos sociales y su práctica política. Una práctica

² Identidades y estrategias fueron colocadas como aspectos distintos en los estudios de los movimientos sociales, independientemente de los intentos de síntesis (Nascimento, 1999).

política que busque el equilibrio entre el realismo político y la utopía (o deber ser) en los términos de Gramsci. La utopía, a su vez, debe basarse en el análisis realista e historicista de la realidad para superarla. La relación entre filosofía e historia como base para la práctica política está puesta, siguiendo las tesis sobre Feuerbach de la praxis revolucionaria (Marx y Engels, 1998).

La categoría de solidaridad resulta fundamental para entender qué relación proponía Marx entre los movimientos de la clase subordinada. La solidaridad sería una relación social a ser construida alrededor del objetivo común: la emancipación de los trabajadores. Esta categoría de solidaridad es retomada en los estudios de los movimientos sociales como condición para la acción colectiva, en el sentido de percibirse como iguales en la construcción de una identidad. El debate actual discute si la identidad es necesariamente de clase o si existen identidades múltiples y contingentes. Dada la fragmentación de la realidad actual, no podemos afirmar que la lucha de clases es la única verdadera, pero asumimos que los movimientos sociales denuncian antagonismo, en un cuestionamiento de los discursos hegemónicos.

En la lectura de Lojikine (1981), la cuestión crucial es la “política” como “lugar de la lucha de clases” y donde esta es llevada hasta el fin. La política urbana es especialmente decisiva en el crecimiento capitalista, y permite comprender la esencia de la contradicción principal entre capital y trabajo, entre trabajo muerto y trabajo vivo. La segregación urbana es un indicador que muestra, por un lado, las zonas centrales de producción intelectual y, por otro, las zonas periféricas dedicadas a la generación y reproducción de la fuerza de trabajo mutilada en su desenvolvimiento intelectual y su “derecho a la ciudad”. En ese sentido, los movimientos sociales urbanos representan la aparición de una contrahegemonía de las clases dominadas (en los términos de Gramsci). La cuestión del proyecto político fue suscitada por Lojikine (1981: 298), con el fin de percibir el alcance histórico real del movimiento a partir de su relación con el poder político, a modo de análisis de las reivindicaciones y acciones propuestas y realizadas. Lo que difiere es el objetivo de Lojikine, centrado en determinar si el movimiento puede producir un verdadero cambio en el sistema socioeconómico.

Siendo que el Movimiento de los Sin Techo de Brasil es un movimiento que lucha por la vivienda, se dirige necesariamente a las agencias e instituciones del Estado. El objetivo de su acción colectiva pasa directa y obligatoriamente por el campo político, reclamando cambios en la política urbana. El aspecto político se revela en su relación con las políticas convencionales, partidos y procesos electorales. Melucci (1989) ofrece pistas para comprender la emergencia del movimiento y, por otra parte, los estudios de Gramsci (1984) acerca de los partidos

políticos pueden utilizarse, desde una perspectiva sociopolítica, en términos de antagonismo, hegemonía e ideología.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Sonia; Dagnino, Evelina y Escobar, Arturo 2000 *Cultura política nos movimentos sociais latino-americanos: novas leituras* (Belo Horizonte: UFMG).
- Anderson, Perry 1995 “Balanço do neoliberalismo” en Sader, Emir y Gentili, Pablo (orgs.) *Pós-neoliberalismo: as políticas sociais e o Estado democrático* (Río de Janeiro: Paz e Terra).
- Arantes, Otilia et al. (org.) 2000 *A cidade do pensamento único: desmanchando consensos* (Petrópolis: Vozes).
- Borja, Jordi 1975 *Movimientos sociales urbanos* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Castells, Manuel 1983 *The city and the grassroots: a crosscultural theory of urban social movements* (Berkeley: University of California Press).
- Chauí, Marilena 1994 “As raízes teológicas do populismo no Brasil: teocracia dos dominantes, messianismo dos dominados” en Dagnino, Evelina (org.) *Anos 90: sociedade e política no Brasil* (San Pablo: Brasiliense).
- Coutinho, Carlos Nelson N. 1999 *Gramsci: um estudo sobre seu pensamento político* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Da Silva, Luis A. Machado y Ribeiro, Ana Clara Torres 1985 “Paradigma e movimento social: ¿por onde andam nossas idéias?” en *Ciencias Sociais Hoje* (San Pablo: Cortez).
- Doimo, Ana Maria 1993 “Movimento popular no Brasil pós-70: formação de um campo ético-político”, Tesis de Doctorado, Universidad de São Paulo, San Pablo, mimeo.
- Dowbor, Ladislau 1998 *A reprodução social: propostas para uma gestão descentralizada* (Petrópolis: Vozes).
- Fontes, Breno 1986 *Políticas de planejamento urbano e segregação espacial: o Município do Recife na década 1970-80* (Recife: UFPE).
- Fontes, Breno s/f *Redes de solidariedade e movimentos reivindicativos urbanos: estudo de caso da Associação de Moradores do Córrego do Jenipapo* (Recife: UFPE).

- Fortes, Maria do Carmo 2000 “Participação e habitabilidade em moradias verticalizadas: uma avaliação do Programa de Desenvolvimento Comunitário -PRODEC nos Conjuntos Residenciais Pinheiro, Petit Village e Enseada”, Disertación de Maestría, Universidad Federal de Pernambuco, Recife, mimeo.
- Forti, Reginaldo 1979 *Marxismo e urbanismo capitalista* (San Pablo: Lech).
- Foweraker, Joe 1995 *Theorizing social movements* (Londres: Pluto Press).
- Gohn, Maria da Glória 1997 *Teoria dos movimentos sociais* (San Pablo: Loyola).
- Gómez, José Maria 2000 “Globalização da política. Mitos, realidades e dilemas” en *Globalização excludente: desigualdade, exclusão e democracia na nova ordem mundial* (Petrópolis: Vozes).
- Gramsci, Antonio 1984 *Maquiavel, a política e o Estado moderno* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Lefebvre, Henri 1999 *A cidade do capital* (Río de Janeiro: DP&A).
- Lojikine, Jean 1981 (1977) *O Estado capitalista e a questão urbana* (San Pablo: Martins Fontes).
- Maricato, Ermínia 2000 “As idéias fora do lugar e o lugar fora das idéias” en Arantes, Otilia et al. (org.) *A cidade do pensamento único: desmanchando consensos* (Petrópolis: Vozes).
- Marinho, Geraldo 1999 “10 anos do PREZEIS. Uma política inovadora de urbanização no Recife” en *Etapas* (Recife: Centro Josué de Castro/ FASE).
- Marx, Karl y Engels, Friedrich 1998 *A ideologia alemã* (San Pablo: Martins Fontes).
- Melucci, Alberto 1989 *Nomads of the present: social movements and individual needs in contemporary society* (Filadelfia: Temple University Press).
- Melucci, Alberto 1994 “Movimentos sociais, renovação cultural e o papel do conhecimento. Entrevista a Leonardo Avritzer e Timo Lyra” en *Novos Estudos Cebrap*, N° 40.
- Melucci, Alberto 2002 *A invenção do presente* (Petrópolis: Vozes).
- Melucci, Alberto 2003 *Challenge codes: collective action in the information age* (Cambridge: Cambridge University Press).

- Mische, Ann 1997 “De estudantes a cidadãos: redes de jovens e participação política”, San Pablo, mimeo.
- Mouffe, Chantal 2002 *Politics and passions: the stakes of democracy* (Londres: Centre for the Study of Democracy).
- Nascimento, Janaína 1999 “Paradigmas dos movimentos sociais: entre um olhar estratégico e um olhar identitário”, Disertación de Maestría, PPGS/Universidade Federal de Pernambuco, Recife, mimeo.
- Oliveira, Francisco 1999 “À sombra do Manifesto Comunista: globalização e reforma do Estado na América Latina” en Boron, Atilio et al. *Pós-neoliberalismo II: que Estado pra que democracia?* (Petrópolis: Vozes).
- Política Habitacional de Interesse Social 2001 “Presentaciones de Ricardo Moretti, Cleber Lago, Carlos Aguiar e Luciana Azevedo”, Seminario Municipal, Prefeitura da Cidade do Recife, Recife, 8-11 de octubre, mimeo.
- Portelli, Hugo 1987 *Gramsci e o bloco histórico* (Río de Janeiro: Paz e Terra).
- Rodrigues, Cibele Maria Lima 1999 “Um olhar sobre a produção dos movimentos sociais no Brasil nas décadas de 80 e 90”, Tesis de Graduación, Universidade Federal de Pernambuco, Recife, mimeo.
- Rodrigues, Cibele Maria Lima 2002 “‘Daqui não sai, daqui ninguém me tira’: estudo de caso do MTST (Movimento dos Trabalhadores Sem-Teto), para além da dicotomia entre identidade e estratégia”, Disertación de Maestría, PPGS/Universidade Federal de Pernambuco, Recife, mimeo.
- Scherer-Warren, I. 1984 *Movimentos sociais: um ensaio de interpretação sociológica* (Florianópolis: EdUFSC).
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2001 “Protesta social, ajuste y democracia: la encrucijada latinoamericana” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 4, junio.
- Touraine, Alain 1985 “An introduction to study of social movements” en *Social Research*, Vol. 52, N° 4, invierno.